

JERUSALÉN



Apenas había comenzado el alba á blanquear los cielos, cuando se oyó la voz del árabe, conductor de la caravana, que entonaba el cántico para la partida.

Los peregrinos se preparan inmediatamente; los dromedarios doblan las rodillas y reciben los pesados fardos sobre la bóveda de sus espaldas, los robustos asnos y las yeguas ligeras llevan á los viajeros.

Dejan las murallas de Jope, rodeada de hermosísimos bosques de lentiscos y de granados, que asemejan rosales, cargados de sus rojos frutos; atraviesan la llanura de Saron, que en la Escritura entra á la parte con el Líbano y el Carmelo en su imagen de la belleza: estaba entonces cubierta de aquellas flores, cuya magnificencia, no podía igualar Salomón con toda su pompa real.

Apoco rato llegan á las montañas de Judea y entran en ellas por la aldea que vió nacer á aquel feliz criminal, á quien Jesucristo concedió el cielo desde la cruz.

También os saludaron los piadosos viajeros, cuna de Jeremías, que todavía respira la melancolía del profeta de los dolores.

Pasan el torrente que le suministró al pastor de Belén las piedras con que hirió al filisteo: se internan en un desierto donde algunas higueras salvajes nacidas acá y allá presentan al viento del Mediodía sus ennegrecidas hojas.

La tierra que hasta allí había conservado el verde de algunas plantas, se despoja enteramente de ellas; las laderas de los montes se prolongan y toman á un tiempo mismo, un aspecto mis grandioso y más

estéril: la vegetación se retira poco á poco, y por fin muere; aún los mismos musgos llegan á desaparecer del todo; un suelo rojizo y ardiente sucede á la palidez de las rocas.

Pero luego que llegan á un alto collado los peregrinos descubren repentinamente una muralla vieja medio derrumbada, de la que salían las terrazas de algunos edificios nuevos.

El guía exclama: ¡Jerusalén!

Y todos detenidos repentinamente por un movimiento involuntario, repiten:

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Los cristianos se precipitan de sus yeguas ó de sus dromedarios.

Unos se postran tres veces; otros se golpean el pecho sollozando profundamente.

Mil recuerdos oprimen A un mismo tiempo el corazón y el espíritu; recuerdos que abrazan nada menos que la duración del mundo.

¡Oh! Musa de Sión, solamente tú podrías pintar aquel desierto que respiró la divinidad de Jehová y la grandeza de los profetas.

Entre el valle del Jordán y las llanuras de la Idumea, se extiende una cadena de montañas que comienzan en los fértiles campos de Galilea y va á perderse en las arenas del Yemen.

En el centro de estas montañas se encuentra una explanada seca, cerrada por todas partes por colinas amarillentas y pedregosas: aquellos montecillos no se abren más que un poco por el Levante, para dejar ver las estancadas aguas del Mar Muerto y las lejanas montañas de la Arabia.

En medio de esta explanada, sobre un terreno pendiente y desigual, dentro del recinto de unas murallas demolidas con los golpes del ariete y que estuvieron fortificadas con torres que están arruinándose, se descubren inmensos edificios, caidos unos, ruinosos todos; algunos cipreses sueltos, algunos grupos de Aloes y nogales; algunas casuchas árabes, semejantes á los sepulcros blanqueados, cubren aquel montón de ruinas; y esto es la triste Jerusalén.

La primera vez que se eleva la vista en aquella región desolada, se apodera del corazón una inmensa melancolía.

Pero cuando ya el viajero va pasando de soledad á soledad y ve el espacio que se extiende sin límites antes sus ojos, la melancolía se disipa poco á poco y siente un terror secreto, que lejos de abatirle el alma, le inspira y le exalta.

Los extraordinarios puntos de vista que por todas partes se presentan, descubren un país donde se multiplicaron sin término los milagros; el sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberbio, todos los cuadros de la Escritura están allí.

Cada nombre encierra un misterio, cada gruta descubre un acontecimiento futuro, cada cumbre resuena con los acentos de un profeta.

El mismo Dios ha hablado en aquellas riberas; los torrentes secos, las rocas hendidas, los sepulcros medio abiertos, atestiguan el prodigio; el Desierto parece que aún está mudo de terror; y se diría que no se ha atrevido á romper el silencio desde que se escuchó la voz del Eterno.

CHATEAUBRIAND.

